

Isaac Asimov

Cuentos de los Viudos Negros



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Tales of the Black Widowers*
Traducción de Pilar Agramunt

Primera edición: 1990
Tercera edición: 2022

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© 1971, 1972, 1973, 1974, by Isaac Asimov
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1990, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-616-1
Depósito legal: M. 27.757-2021
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 11 Introducción
- 19 La risita adquisitiva
- 37 Q de quimera
- 63 Una verdad que decir
- 79 ¡Adelante, librillo!
- 106 Mañanita de domingo
- 129 El factor obvio
- 153 El dedo indicador
- 177 ¿*Miss* qué?
- 200 El arrullo de Broadway
- 226 Yankee Doodle fue a la ciudad
- 253 La curiosa omisión
- 279 Fuera de su vista

*A la Ellery Queen's Mystery Magazine,
a David Ford y a las «arañas tramperas»
por las razones que detallo en la Introducción.*

Introducción

Como escribo en un estilo amable y personal, los lectores tienen tendencia a escribirme en un tono amable y personal para hacerme todo tipo de preguntas amables y personales. Y como en realidad soy como mi estilo me hace aparecer, suelo contestar esas cartas. Y como quiera que no tengo secretaria ni ningún tipo de ayudante, eso me lleva un montón del tiempo que debería dedicar a escribir.

Por eso es perfectamente natural que haya adquirido la costumbre de escribir introducciones a mis libros, en un intento de anticipar respuestas a las preguntas que preveo y evitar así algunas de las cartas.

Por ejemplo, como escribo sobre distintos temas, me hacen, con frecuencia, preguntas como éstas:

«¿Cómo es posible que usted, un simple escritor de ciencia ficción, se crea capaz de escribir una obra en dos volúmenes sobre Shakespeare?»

«¿Cómo es posible que usted, un estudioso de Shakespeare, se dedique a escribir novelas de ciencia ficción?»

«¿Cómo usted, que es bioquímico, tiene el valor de escribir libros de historia?»

Etcétera, etcétera, etcétera.

Parece, pues, bastante probable que ahora me pregunten, unos divertidos y otros enfadados, por qué escribo relatos de misterio.

Aquí va mi respuesta.

Yo empecé mi carrera literaria con la ciencia ficción y continúo escribiendo ciencia ficción cuando puedo, pues sigue siendo mi primer y más importante amor literario. De todos modos, son muchas las cosas que atraen mi atención y, entre ellas, están los relatos de misterio. Llevo leyéndolos casi tanto tiempo como llevo leyendo ciencia ficción. Me acuerdo de cómo me jugaba la vida cuando, a los diez años, robaba ejemplares prohibidos de *The Shadow* de debajo de la almohada de mi padre cuando éste dormía la siesta. (Le preguntaba por qué *él* los leía si a mí me los prohibía, y mi padre me contestaba que él los necesitaba para aprender inglés, mientras que yo tenía la ventaja de ir al colegio. Aquella razón me parecía pésima, claro.)

Así que, al escribir ciencia ficción, he introducido con mucha frecuencia el elemento de misterio. Dos de mis novelas, *The Caves of Steel* (1953) y *The Naked Sun* (1957), son auténticos relatos de crímenes sin dejar por ello de ser ciencia ficción. Y he escrito bastantes relatos de misterio en clave de ciencia ficción de distintos tipos

como para poder publicarlos como recopilación bajo el título de *Asimov's Mysteries* (1968)¹.

Incluso he escrito una novela clásica de misterio titulada *The Death Dealers* (1958)* reeditada en 1968 con un título que yo mismo le puse, *A Whiff of Death*. De todos modos, ésta trata enteramente de ciencia y de científicos, y su atmósfera es todavía la de la ciencia ficción. Lo mismo puede decirse de dos relatos cortos que vendí a sendas revistas de misterio.

Cada vez sentía más la necesidad de escribir relatos de misterio que no tuvieran nada que ver con la ciencia. Sin embargo, me frenaba el hecho de que el género había evolucionado en el último cuarto de siglo y mis gustos no. Los relatos policíacos actuales están completamente inundados de alcohol, inyectados de droga, adobados con sexo y asados en sadismo, mientras que mi detective ideal sigue siendo Hércules Poirot y sus pequeñas células grises.

Pero bueno, en 1971 recibí una carta de esa preciosidad rubia que es la señorita Eleanor Sullivan, directora de la *Ellery Queen's Mystery Magazine* (EQMM para abreviar), en que me preguntaba si aceptaría escribir un cuento corto de misterio para su revista. Y yo acepté con júbilo, claro, porque pensé que si me pedían uno no podrían tener la crueldad de rechazarlo una vez escrito, y eso significaba que podía escribir tranquilamente el tipo de relato que a mí me gusta: un relato muy cerebral.

Empecé a barajar posibles argumentos con bastante ansiedad, pues quería que la trama fuera razonable y

1. Ed. cast. *Estoy en Puertomarte sin Hilda* (Alianza Editorial).

* Bueno, si he de decirlo todo, Doubleday me la rechazó.

Agatha Christie había agotado ella solita casi todos los trucos.

Mientras las ruedas giraban lentamente en los recovecos de mi cerebro, fui por casualidad de visita a casa del actor David Ford (que actuó tanto en la versión de Broadway como en la de Hollywood de 1776). Tiene el apartamento lleno de objetos curiosos de lo más interesante y me dijo que estaba convencido de que una vez alguien se había llevado una cosa de su apartamento, pero que no podía tener la seguridad porque nunca logró averiguar si le faltaba algo.

Me eché a reír, y todas las ruedas de mi cabeza, dando un suspiro conjunto de alivio, dejaron de girar. ¡Ya lo tenía!

Necesité después un escenario en que desarrollar la trama. Y aquí viene lo siguiente.

Cuenta la leyenda que, por los años cuarenta, un hombre se casó con una dama que encontró inaceptables a sus amigos, y viceversa. Para evitar que se rompiera una valiosa amistad, los amigos del marido organizaron un club sin jerarquías ni reglamentos, con el único objeto de celebrar una cena una vez al mes.

Sería un club sólo para hombres; así se podría invitar al marido en cuestión y sería perfectamente legítimo rogarle a su señora que no asistiera. (En estos tiempos en que los movimientos feministas son tan fuertes puede que una cosa así no hubiera funcionado.)

Se dieron el nombre de «arañas tramperas» (TDS para abreviar²), probablemente porque los socios tenían la sensación de estar escondiéndose.

2. En inglés *trap-door spider*. (N. de la T.)

Hace ya treinta años que se organizó el TDS, pero todavía existe. Sigue siendo estrictamente masculino, aunque el socio que inspiró su fundación hace mucho que se divorció. (Como concesión al no-chovinismo masculino, el 3 de febrero de 1973 se dio un cóctel para que las esposas de los TDS se conocieran y puede que eso se convierta en costumbre anual.)

Los TDS se reúnen una vez al mes, siempre un viernes por la noche, casi siempre en Manhattan, a veces en un restaurante y a veces en casa de algún socio. Cada reunión tiene dos anfitriones, que voluntariamente se hacen cargo de todos los gastos de esa ocasión, pudiendo llevar cada uno de ellos un invitado. La asistencia media es de doce. Desde las seis y media hasta las siete y media se bebe y se charla. Desde las siete y media hasta las ocho y media se come y se charla. Y de ahí en adelante sólo se charla.

Después de la cena, se interroga a los invitados sobre sus intereses, su profesión, sus aficiones y sus puntos de vista. Los resultados son casi siempre interesantes y a menudo fascinantes.

Las principales excentricidades de los TDS son las siguientes: 1. Los socios se llaman unos a otros «doctor», ya que el ser socio del club conlleva el doctorado; 2. Los socios deben dejar previsto que se mencione que eran socios del club cuando se publique su necrológica.

Yo había sido invitado en dos ocasiones distintas y cuando me trasladé a Nueva York, en 1970, me eligieron socio.

Pues bien, entonces pensé, ¿por qué no escribir un relato sobre el trasfondo de una organización como el

TDS? Podría llamar a mi club Los Viudos Negros, y reducirlo a la mitad para hacerlo más manejable: seis personas y un invitado.

Lógicamente hay diferencias. Los socios del TDS, en la vida real, no han intentado nunca resolver misterios, y ninguno de ellos tiene tan marcada idiosincrasia como los socios de los Viudos Negros. Lo cierto es que los socios del TDS son todos, sin excepción, personas encantadoras y se profesan unos a otros un afecto conmovedor. Así que, por favor, tengan la seguridad de que todos los personajes y acontecimientos que aparecen en estos relatos son absolutamente de mi invención y no se les debe equiparar a los socios del TDS en nada, excepto en lo que tienen de inteligentes o amables.

En particular, Henry, el camarero, es invención mía, y no tiene análogo, ni siquiera remoto, en el TDS.

Así que, como ya tenía mi argumento y mi escenario, escribí un cuento y lo llamé «La risita». *EQMM* lo aceptó y lo tituló «La risita adquisitiva»*.

Después de vender el primero ya no había quien me parara, claro. Empecé a escribir relatos de los Viudos Negros uno detrás de otro y en poco más de un año había escrito ocho y se los había vendido a *EQMM*.

Lo malo era que, aunque me contenía y no escribía tantos como me hubiera gustado, aun así los escribía más rápido de lo que *EQMM* podía publicarlos.

* *EQMM* siempre me cambia los títulos. No me importa, pues siempre espero volver a mi título original al publicar los cuentos en un libro. En contadas ocasiones, algún cambio de título por parte de un editor me parece acertado. Por ejemplo, creo de veras que «La risita adquisitiva» es mejor que «La risita», así que lo mantengo.

Por fin no pude aguantar la tensión y escribí tres más a mi ritmo natural de producción, pero con la decisión de no saturar la revista con ellos. Luego escribí otro, que también vendí a la *EQMM*. Tenía, pues, doce escritos, con palabras suficientes para un libro. Mi fiel editorial, Doubleday & Company, había esperado pacientemente desde el primer relato, de forma que los he recopilado con el título de *Cuentos de los Viudos Negros...* y aquí los tienen ustedes.

¿Alguna pregunta?

¡Espero que no!

NOTA

El erudito lector de la editorial me indica que, como estos relatos los escribí originalmente para publicarlos por separado en una revista, en todos ellos describo, de modo reiterativo, cada uno de los personajes, que son siempre los mismos. Me señaló algunos de los más nauseabundos ejemplos de ello, y yo, por deferencia a su exaltada posición, los he corregido de acuerdo con sus sugerencias. Sin duda alguna quedan aún docenas de repeticiones susceptibles de revisión, pero no me gusta introducir demasiados cambios en los prístinos originales. ¿Me perdonan ustedes por dejarlos como están?

La risita adquisitiva

Aquella noche era Hanley Bartram el invitado de los Viudos Negros, que se reunían mensualmente en su tranquila guarida y juraban matar a cualquier mujer que osara inmiscuirse en sus asuntos... por lo menos esa noche al mes.

El número de asistentes variaba: en esa ocasión cinco de los socios estaban presentes.

Geoffrey Avalon hacía de anfitrión esa noche. Era alto, con atildado bigote y una barbita ya más blanca que negra, aunque el cabello lo seguía teniendo bastante moreno.

Como anfitrión, tenía el deber de hacer el brindis ritual que marcaba el comienzo de la cena propiamente dicho. En voz alta y agradable dijo:

—A la sagrada memoria del viejo King Cole. Para que su pipa pueda estar siempre encendida, su copa siempre bien llena y sus violinistas rebosantes de salud. Y para

que todos nosotros podamos ser tan felices como él toda nuestra vida¹.

Todos dijeron «amén», se llevaron la copa a los labios, y se sentaron. Avalon puso la suya a un lado. Era la segunda y estaba justo por la mitad. Allí la dejaría y no volvería a tocarla en toda la noche. Era abogado de patentes y llevaba a su vida social la minuciosidad de su trabajo: una copa y media era exactamente lo que se permitía en ocasiones como aquélla.

Thomas Trumbull subió como una tromba las escaleras en el último minuto, gritando, como de costumbre:

–Henry, un whisky con soda para un moribundo.

Henry, el camarero en estas ocasiones desde hacía varios años (cuyo apellido ni siquiera había oído jamás ninguno de los Viudos Negros), ya tenía listo su whisky con soda. Rondaba los sesenta, pero su cara era tersa y grave. Su voz parecía perderse en la distancia incluso al decir:

–Aquí lo tiene, señor Trumbull.

Trumbull vio en seguida a Bartram y le dijo a Avalon en un aparte:

–¿Es tu invitado?

–Me pidió que le trajera –dijo Avalon en lo más parecido a un susurro que fue capaz de articular–. Es un gran tipo. Te va a gustar.

La cena en sí se desarrolló con la variedad que solía acompañar a los asuntos de los Viudos Negros. Emmanuel Rubin, dueño de la otra barba (una barbita fina bajo una boca de dientes muy separados) había sacado un bloc y estaba contando con todo lujo de detalles la

1. Referencia a una antigua canción tradicional inglesa. (*N. de la T.*)

historia que acababa de terminar de escribir. James Drake, de cara cuadrada, con bigote pero sin barba, le interrumpía constantemente con recuerdos de otras historias a las que se aludía en la narración. Drake era químico, pero sus conocimientos en materia de narrativa eran enciclopédicos.

Trumbull, como experto en lenguaje cifrado, se consideraba parte de las más altas esferas del gobierno, y esa noche le dio por enfadarse por los pronunciamientos políticos de Mario Gonzalo.

—Maldita sea —masculló en uno de sus tonos menos ofensivos—. ¿Por qué no te limitas a tus estúpidos *collages* y a tus sacos de arpillera y dejas los asuntos del mundo a los que pueden hacerlo mejor que tú?

Trumbull todavía no se había recuperado de la exposición de las obras de Gonzalo celebrada unos meses antes, y Gonzalo, comprendiéndolo, se rió de buena gana, y dijo:

—Dime quiénes son. Nómbrame a uno.

Bartram, bajito, regordete, con el pelo ensortijado, se mantenía firme en su papel de invitado: escuchaba a todo el mundo, sonreía a todo el mundo y hablaba poco.

Por fin llegó el momento en que Henry sirvió el café y empezó a poner los postres delante de cada comensal con la destreza de un prestidigitador. Era entonces cuando, por tradición, tenían que empezar a freír a preguntas al invitado.

Por lo general —en las ocasiones en que estaba presente— era Thomas Trumbull quien iniciaba el interrogatorio. Su rostro curtido, surcado por perennes arrugas de descontento, parecía enfadado cuando empezó a hablar con la invariable pregunta inicial:

—Señor Bartram, ¿cómo justifica usted su existencia?

Bartram sonrió, y habló con precisión al responder:

–Nunca lo he intentado. Mis clientes, en las ocasiones en que les satisfago, encuentran mi existencia justificada.

–¿Sus clientes? –dijo Rubin–. ¿Qué es lo que hace usted, señor Bartram?

–Soy investigador privado.

–Bien –dijo James Drake–. Creo que nunca hemos tenido a un investigador como invitado. Manny, para variar, podrás sacar datos correctos para cuando escribas tus estúpidas novelas policíacas.

–No será de mí de quien los saque –dijo Bartram con rapidez.

Trumbull dijo con semblante ceñudo:

–Si no les importa, señores, ya que me corresponde ser el interrogador, déjenme esto a mí. Señor Bartram, ha hablado usted de las ocasiones en que satisface a sus clientes. ¿Siempre quedan satisfechos?

–Hay veces en que es discutible –dijo Bartram–. De hecho, esta noche me gustaría hablarles de una ocasión en que fue especialmente dudoso. Puede incluso ocurrir que uno de ustedes me resulte útil. Fue por eso por lo que le pedí a mi buen amigo Jeff Avalon que me invitara a una de las reuniones, una vez conocidos los detalles de su organización. Aceptó, y estoy encantado.

–¿Está ya dispuesto a discutir esa dudosa satisfacción que usted dio o no dio, según sea el caso?

–Lo estoy, si me lo permiten.

Trumbull miró a los otros, para ver si alguno no estaba de acuerdo. Los ojos saltones de Mario estaban fijos en Bartram mientras decía:

–¿Podemos interrumpir?

–Dentro de lo razonable –dijo Bartram. Hizo una pausa para dar un sorbo a su café y añadió–: La historia comienza con Anderson, a quien me referiré siempre de ese modo. Anderson era un adquirente.

–¿Un inquisidor? –preguntó Gonzalo con el ceño fruncido.

–Un *adquirente*. Ganaba cosas, las obtenía, las compraba, las recogía, las coleccionaba. El mundo se movía en una sola dirección respecto a Anderson: marchaba de cara a él, nunca de espaldas. Tenía una casa a la que toda esta oleada de material, de muy distinto valor, venía a descansar para no moverse ya nunca de allí. A lo largo de los años, éste había ido aumentando y diversificándose de un modo asombroso. Tenía también un socio en el negocio al que llamaré Jackson, a secas.

Trumbull interrumpió con el ceño fruncido, no por que hubiera nada ante lo que fruncir el ceño, sino porque él siempre lo fruncía.

–¿Se trata de una historia verdadera?

–Yo sólo cuento historias verdaderas –dijo Bartram con lentitud y precisión–. Carezco de la imaginación necesaria para mentir.

–¿Es confidencial?

–Contaré la historia de modo que no sea fácilmente reconocible, pero si llegara a reconocerse, entonces sería confidencial.

–Comprendo lo que quiere decir –dijo Trumbull–, pero permítame que le asegure que nada de lo que se dice entre estas cuatro paredes se repite jamás; ni siquiera se hace referencia a ello de modo casual fuera de aquí. Y Henry está incluido en esto.

Henry, que estaba sirviendo más café en dos de las tazas, esbozó una sonrisa e inclinó la cabeza asintiendo.

Bartram sonrió a su vez, y continuó:

—Jackson también tenía una enfermedad: era honesto. Inevitable y profundamente honesto. Esta característica impregnaba su alma como si lo hubieran tenido en adobo con integridad desde su más tierna infancia. Para un hombre como Anderson resultaba utilísimo tener al honrado Jackson como socio, ya que sus negocios, que tendré buen cuidado de no describir con detalle, requerían contacto con el público. Tal contacto no podía ser cosa de Anderson, pues se interponía su adquisitividad. Con cada objeto que adquiría, una nueva arruga malévolamente surcaba su cara, hasta que ésta llegó a parecer una tela de araña que asustaba a todas las moscas que hubiera a la vista. Era Jackson, el puro y honrado Jackson, el que daba la cara, y a él acudían presurosas todas las viudas con sus óbolos y los huérfanos con sus ahorros.

»Por su parte, Jackson también necesitaba de Anderson, pues con toda su honradez (o tal vez a causa de ella) no tenía el arte de hacer que un dólar se convirtiera en dos. Si se le hubiera dejado a su aire, habría perdido, sin pretenderlo, hasta el último centavo que se le hubiera confiado, viéndose entonces obligado a recurrir al suicidio como dudosa forma de restitución. En cambio, las manos de Anderson eran al dinero lo que los fertilizantes a las rosas, por lo que él y Jackson resultaban, juntos, una combinación infalible.

»Pero no hay bien que mil años dure y una característica constante, dejada a su aire, tiende a profundizar, engrosar y crecer, extremándose. La honradez de Jackson

alcanzó proporciones tan colosales que Anderson, a pesar de toda su astucia, se vio a veces contra la pared y forzado a perder dinero. A su vez la vena adquisitiva de Anderson descendió a simas tan infernales que Jackson, con toda su moralidad, se vio a veces forzado a prácticas dudosas.

»Naturalmente, como a Anderson le molestaba perder dinero y a Jackson le aterraba perder carácter, surgió entre los dos una gran frialdad. En tal situación, la ventaja estaba claramente del lado de Anderson, que no ponía límites razonables a sus actos, mientras que Jackson se veía limitado por su código ético.

»Solapadamente, Anderson trabajó y maniobró hasta que, un buen día, el pobre y honrado Jackson se vio obligado a venderle su participación en el negocio en unas condiciones de lo más desventajosas.

»La manía adquisitiva de Anderson podríamos decir que había llegado a su culminación, ya que adquirió el control total del negocio. Tuvo intención entonces de retirarse, dejando los asuntos diarios a sus empleados y dedicándose sólo a lo estrictamente necesario para embolsarse los beneficios. Jackson, por su parte, se quedó sin nada más que su honradez. Y aunque la honradez es una cualidad admirable, no tiene mucho valor efectivo en una casa de empeños. Y fue en ese momento, caballeros, cuando entré yo en acción... Ah, gracias, Henry.

Henry estaba sirviendo el coñac.

–¿No conocía usted a esos dos tipos? –preguntó Rubin entrecerrando sus astutos ojillos.

–En absoluto –dijo Bartram, al tiempo que olía con delicadeza el coñac mientras lo rozaba ligeramente con su